AÑO LI. Lunes 21 de Mayo de 1911 Núm. 14 840

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id. -La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Jara, 32.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalémer Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

Instituto de Segunda Enseñanza en Cartagena

Hará proximamente dos años, si no nos es infiel la memoria, que se agitó en Cartagena la opinión en sentido favorable al establecimiento de un Instituto de segunda Enseñanza, como una necesidad sentida y no satisfecha en nuestra ciudad.

Pronta la prensa, como siempre, á contribuir á toda iniciativa laudable, y más si es en pró de la cultura, no solo fué la iniciadora de la idea y del movimiento, sino que logró que nuestro Municipio, representante legítimo de la ciudad, se dirigiera en demanda de tal petición á los Poderes públicos, no sin antes haber conseguido que las entidades oficiales y particulares de apropiado caracter, unieran sus ruegos á la solicitud.

Ligeros ofrecimientos, más corteses que prácticos, fueron los únicos resultados que se obtuvieron. Transcurrió el tiempo, pasó, quizás, por el Ministerio de Instrucción pública algún personaje no del todo agena á nuestro pueblo, y la mejora, cuya importancia y ventajas no vamos á tratar de demostrar, porque no es ese nuestro objeto, ni lo estimamos necesario—de tal suerte la consideramos beneficiosa—y la mejora, decimos, no ha vuelto á ser nombrada siquiera.

Pero muy recientemente, y pese al estado de inquietud por que atravesamos, nuestro estimado colega "El Porvenir", muéstrase una vez más, celoso del bien de Cartagena, y con toda oportunidad, puesto que confeccionándose está el Presupuesto de Instrucción Pública, resucita, de nuevo, el asunto, muéstralo revestido de toda su importancia, hace con todo vigor resaltar esta, é invita á las fuerzas vivas de la ciudad, á que trabajen por tan santa causa, que lleva en si el desenvolvimiento de las mismas y por ende, el engrandecimiento, en uno de los aspectos, de Cartagena.

Y he aquí donde comienza nuestra labor.

Ya hemos dicho que no es nuestro propósito poner de relieve las indudables ventajas de tal proyecto. Nuestro colega ha sabido definirlas con su habitual acierto. Creemos, pues, ocioso tratar de convencer á convencidos.

El rango á que nuestro pueblo tiene derecho, los amplios horizontes que á nuestra juventud—sobre todo á la no sobrada de medios—se abrieran y, por último, la influencia que sobre nuestra intelectualidad ejercería, un centro de Enseñanza compleja y variada (Ciencias, Literatura, Arte) dotada de un personal docente, de iniciativas y valer indiscutible, razones son que por su fuerza, se nos antojan axiomáticas.

Así, pués, tócanos á nosotros concretar, moldear la idea (valga la frase) procurar que tan laudables iniciativas no vuelvan á sumirse en el olvido, privando á nuestra ciudad de una ventaja positiva, que al realizarse quién sabe si indicará los albores de una Cartagena nueva, porque fuése esta la primera de la série de reformas y mejoras que ella demanda con necesidad imperiosa.

Y á este propósito, nosotros profesamos la creencia de que solo la voluntad manifestada de un pueblo es capaz de llegar al fin deseado.

¿Cómo podrá manifestarse esta voluntad? Por sus representantes legítimos, por su Municipio, por sus representantes en la Asamblea provincial, por sus Diputados á Cortes, por las entidades oficiales, de caracteres afines, Sociedad Económica de Amigos del País, Cámara de Comercio; por las Sociedades de recreo mismas, que en su mayor parte dedican á la Cultura no pocas de sus iniciativas y por todas cuantas entidades y ciudadanos, se preocupan del bien y del mejoramiento del país.

Al frente del Concejo hállase en la actualidad un hombre culto y joven, cualidad esta última en su acepción más amplia, abierto su espíritu á las ideas nuevas, al perfeccionamiento que tiene por base el saber.

Pues bien, á éste, como representante primero é inmediato de la ciudad, nos dirigimos en primer término, sugiriéndole la idea de que convoque á una reunión de todas las fuerzas nombradas, en la que se haga ver la ventaja que para Cartagena tendría el establecimiento de un Instituto de 2.ª enseñanza, donde cada uno de los convocados podría proponer los mejores medios para conseguir el fin propuesto y de donde podría salir designada una comisión, cuya misión única fuese obtener del Gobierno la creación en nuestra querida ciudad de un Centro de enseñanza, que poseen cuarenta capitales de provincia, de menos importancia que Cartagena, además de otras muchas ciudades, que tampoco ostentan la capitalidad provincial.

El alcalde de Cartagena, tiene pues, la palabra.

V. CH.

RIMAS

La luna blanca y riente
surgió de entre la ceiba
en un resplandor luciente
bañando áurea y silente
la opaca y densa selva.

En la plaza tintinante
tocaba una serenata,
y en su legendario de plata
cantaba una tiple grata
en la alameda distante.

La noche tenía una
fosforecencia ideal,
cuando entre rayos de luna
apareció en mi feria,

Mi hablo ardiente y gozoso
modula la aurora cadencia
de mis sueños, temblo eso
Y mi espíritu amoroso
suspiró su dulce esencia.

¡Oh, tú! mi amada importuna,
á cuyo influjo sorte...
Dime: ¿viviría la luna,
para ofrendarte con una
rosa de amor y de fé?

¿O habitaría entre el misterio
de la aurora matutina,
y de su blanca cortina
le daría
negativa?
La luna blanca y riente
surgió en la noche triunfal,
bañando su luz fulgente
mi palacio de cristal.

Gregorio Arriata.

¡Gracias á Dios!

¡No viviamos!

Mustios y cabizbajos, arrastrábamos penosamente nuestra miserable envoltura terrena.

Y nuestro espíritu, privado del *delicioso* manjar literario á que se había acostumbrado, se iba convirtiendo en una *sombra chinesca*, que obscurecía, cada vez más, nuestro antes despierto intelecto.

¡*Nosotros no éramos nosotros!*

¡Eramos unos Apolinarios *suspensos!*

¡Cuánta tristeza!

¡Como echábamos de menos *nuestro bien perdido!*

¡Verdad es, que más *la perdido* La Laventina!

¡Pero nosotros, ¡ah! nosotros estábamos inconsolables!

Ni Calipso cuando fué á la estación á despedir á Ulises; ni Carrión cuando despidió con ánimo *suspenso* á la Señora Alcaldía; ni Bonmatí cuando *vió perderse la luna entre los zarzales de la legalidad*, sufrieron tanto como nosotros al vernos privado de *Ella*.

¡Ella!

Y nos obsesionaba tanto su pérdida, que á cada momento musitábamos:

¡Que nos la traigan!

* * *

Y amanecía.

Y al abrir nuestros ojos á la luz de la mañana, buscábamos ansiosos á *aquella* que los cerraba á la luz de la razón.

Y al tomar nuestro cotidiano desayuno, café con media tostada, preguntábamos anhelantes:

¿Dónde está *aquella* que todos los días nos daba la *tostada?*

* * *

Y como si leyésemos las *Nonadas* de *Argete*, dos gruesas lágrimas se deslizaban por nuestras ictericias mejillas.

Y nuestros suspiros, nuestros lamentos y nuestras quejas calan al lado de los créditos de la Levantina.

¡*En el vacío!*

* * *

¡Aquello no era vivir!

Salíamos á la calle é interrogábamos á todos los vasistas que encontrábamos.

¡Que ya es interrogar!

En cada esquina, en cada marmolillo, en cada adoquín, tropezábamos con un político vasista.

¿Donde está *ella?*, gemíamos dolorosamente.

Y cada uno de los *cincuenta y siete mil trescientos veinte* vasistas, los *dos hombres con solo*, que aún quedan afortunadamente en Cartagena, nos contaban una historia.

Ella se ha ido á Murcia, *ella* está en Alicante, *ella* se vé á Madrid.

Y nosotros compadecíamos á la pobre que tanto tenía que gastar en viajes y *por ciento que nos extrañaba porque en el ferrocarril no ha*n.

¡Es que *ella* viaja *gratis* con el kilométrico de *Eli*, nos dijeron.

¡Vaya lo comprendimos todo!

* * *

¡La de historias que nos han contado!

Había quien aseguraba *que todo estaba arreglado.*

Que *ella* vivirá en Alicante, donde unos amigos habían *tanteado el terreno.*

Y que para probar si éste estaría *abonado* como el campo Levantino, donde tanto habían espigado, hicieron *como que se olvidaban de pagar* una cena.

Pero los alicantinos presentaron la cuenta.

¡Malos patriotas!

¡Caciques!

* * *

Otros nos juraban, por la verborrea municipal de Piñero, que á *ella* le pondrían *pino* y que había dos ó tres malas cabezas dispuestos *á garantizar* todos los gastos y *á correr con todo.*

¡*Ella* si que *corría con todo!*

Y nos citaban nombres propios, impropios de mujeres en esos los.

Y hasta nos cantaban como *alusión personal* el *couplét* de "Los inútiles" que hizo furor hace veinte años.

Una chica que tenía amores,
con un *Cabo* de la guarnición,
con tal fuego tomaba la cosa
que aquel *Cabo* se le consumió.
Y la chica decía llorando
¿y qué me hago yo?
necesito buscar otro Cabo...
¡Pobrecita Pobrecita!
necesito buscar otro Cabo.
¡Y se lo encontró!

* * *

Pero nosotros tristes que tristes.

Y eso que *viles falsificadores* quisieron, unos en Madrid y otros en "La Unión", imitarla.

¿Imitarla á *ella?*, imposible.

¿Quién dice con tanta delicadeza, *hermosuras, joyas, tesoros, chinchinineros, imitadores* y demás palabritas dulces?

¿Quién es capaz de decir con igual frescura aquello de que no es lo mismo *vientos tatos que ditos ciertos?*

¿Quién inventará como *ella* campañas *honradas*, é historias tan *verdaderas* como la *Honradez* de las campañas?

Por algo nosotros, *que la conocemos bien*, no nos dejamos engañar por esos *malos copistas*.

¡Y *ella* no la *confundimos* con nadie!

¡Cómo que no hay quién la *confunda!*

* * *

Y esa tristeza que nos agobiaba, se ha disipado.

Ya hemos recibido la *confirmación oficial* de que *ella* vuelve.

«La Tierra» reaparecerá en breve, notablemente reformada", hemos leído.

Y la alegría nos ha hecho pegarnos dos volteretas.

¡Como si fuésemos un Diputado y hablásemos en el Teatro-Circo!

* * *

Y nuestro gozo es mayor, porque anuncia que será *notablemente reformada.*

¡Lo cual quiere decir, que en *lenguaje* y en *malas ideas*, irá *á peor!*

¡¡Gracias á Dios!, dijimos al leer la grata nueva.

Y enseguida nos dispusimos á escribir estas cuartillas, para dar un consejo á los lectores.

¡Que se tapen los oídos!

Castigo

Madrid 22-9 m.

En el ministerio de Estado se facilitó una nota á la prensa, diciendo que España ha pedido el castigo inmediato de los agresores del marinero del falucho «María» herido hace varios días en la costa cercana á Ceuta.

No era para tanto

El ex-Director de este periódico, D. Antonio Villas Moreno, nos remitió el día 18 del mes actual la siguiente carta:

Cartagena 18 de Mayo de 1911.

Sres. redactores de EL ECO DE CARTAGENA.

Distinguidos compañeros: Sirva esta mi carta como expresión de mi renuncia decidida á seguir ocupando el cargo de Director de EL ECO DE CARTAGENA con que inmerecidamente venía distinguiéndoseme.

Mi reconocimiento á todos por el compañerismo y amistad que se han servido dispensarme y ofreciéndome amo amigo y S. S. b. s. m.

Antonio Villas Moreno.

No dimos publicidad á ese escrito, por que en el mismo añadía *que daba cuenta á "La Tierra"*, y nosotros no veíamos la necesidad de que ni "La Tierra", ni el Cielo, se ocupase de este asunto, cuando antes no se ocuparon para nada bueno ni malo de la Dirección del Sr. Villas.

Faltando á las prácticas establecidas, en lugar de enviar, ya que ese era su

el placer de causar asombro en un individuo como Holmes.

—Efectivamente. Hay una mancha en el entarimado, pero no correspondía con la del tapiz. Mirad.

Y mientras hablaba, levantó el otro extremo del tapiz. En la madera había una gran mancha roja.

—¿Qué opináis de esto, Sr. Holmes?—preguntó el policía con acento de triunfo.

—Pues sencillamente, que han cambiado de sitio la alfombra después del crimen—contestó con tranquilidad Holmes.

—¡Ya, ya!—contestó el policía, algo amoscado. —No necesitábamos que nos lo dijerais para saberlo. Hemos colocado la alfombra de distinto modo y las dos manchas se corresponden.

—Entonces...

—Lo que deseamos es saber quien la cambió de sitio y con qué objeto.

Yo miré á Holmes y comprendí hasta qué punto estaba excitado su interés.

—Vamos á ver, Lestrade; ese agente que hemos visto en el vestíbulo ¿es el que ha estado de vigilancia todos estos días?

—Sí.

—En ese caso procurad interrogarle á solas. Nosotros le esperaremos aquí, porque de ese modo tendrá menos inconveniente en hablar. Decidle que como no ha atrevido á dejar entrar á nadie, y sobre todo, á consentir que se quedara sola esa persona en la habitación, lo está en que lo sabéis

Después, volviéndose hacia Holmes y cambiando el tono de voz, prosiguió:

—Siento mucho, querido, haberos molestado; pero lo hice creyendo que os interesaría esta falta de correspondencia entre las dos manchas de sangre.

—Y habéis supuesto muy bien. Decidme, Mac-Pherson, ¿era la primera y única vez que entró esa mujer aquí?

—Sí, señor.

—¿La conocisteis?

—No. Según me dijo, venía en virtud de cierto anuncio en que se solicitaba dactilógrafa y se equivocó de número.

—¿Qué tal tipo tenía?

—Era una mujer muy elegante.

—¿Era alta?

—Sí señor, y muy hermosa.

—¿Qué traje llevaba?

—No se le veía bien, porque iba envuelta en una larga capa que la cubría hasta los pies.

—¿A qué hora vino?

—Cuando empezaba á anochecer. Al salir yo á por el zogdac me encontré con los primeros faroleros.

—Está bien—dijo Holmes.—¿Vamos, Watson? Creo que se nos prepara bastante trabajo.

Dejamos á Lestrade en el cuarto que fué de Eduardo Lucas y salimos al vestíbulo. El agente

judicar á nadie con ello. La joven se presentó aquí ayer por la tarde, asegurando que se había equivocado de casa. Conversamos un rato, porque ya comprenderéis que no tiene nada de agradable estar aquí de plantón horas y horas.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Después de un rato de charla mostró interés por ver el cuarto del crimen. Según me dijo, se había enterado de ello por los periódicos. Como se trataba de una mujer muy *comme il faut*, no tuve inconveniente alguno en acceder á ello. Al ver esa mancha de sangre en la alfombra, cayó desmayada. Yo corrí asustado á buscar un poco de agua para hacerla volver en sí; pero no sirvió de nada. Entonces fuí por cognac á la tienda de Plant, que, como sabéis, está al final de la calle. Cuando volví había desaparecido. Sin duda debió recobrar el conocimiento durante mi ausencia y huyó avergonzada.

—¿Fué ella quien movió la alfombra?

—No se, pero no tiene nada de particular, puesto que, no estando clavada, al dar la señora sin conocimiento tal vez se arrugara algo. Sin embargo, me extraña, porque yo creí que la había vuelto á poner lo mismo que estaba.

—Esto os engañará, agente Mac-Pherson—dijo Lestrade con voz hueca y enfática—que no se me puede engañar impunemente. Imaginábais que nadie se enteraría de vuestra falta; y no he necesitado más que ver la alfombra para comprender que alguien había entrado en la habitación. Menos mal que no ha faltado nada, que sino...